

CAPÍTULO XVIII

LOS HÉROES DESENGAÑADOS, LA CORTE VENCEDORA.
EL DUQUE DE Sessa.—ADIÓS Á NÁPOLES.
ADIÓS Á LA LIBERTAD.—CERVANTES CAUTIVO

Entre Nápoles y España la comunicación y noticia eran frequentísimas por aquellos años. Apenas pasaba semana ni decena sin que se supiese y comentase en las hosterías de Pozzuoli ó de Portici cuanto se mentía en la calle Mayor de Madrid. Curioso y amigo de saberlo todo, no dejaba Miguel día sin acudir á la playa, en particular cuando había desembarco de nave española, que rara vez faltaba. Cada español desembarcado era una gaceta viviente, preñada de verdades y mentiras. De las cosas de la corte y del rey contaban y no acababan; de las cosas de Flandes y Francia, otro tanto. Un día supo Miguel que Antonio Pérez, aquel muchacho revoltoso hijo del Dr. Gonzalo Pérez, había sido nombrado secretario de Su Majestad, y en breve tiempo logró captar la voluntad del monarca, apoderándose de sus secretos, quizás ser temido por el Hombre del Escorial, por aquel que eligiendo un lema para los jetones que le servían de fichas en el juego mandó grabar en torno de su escudo esta leyenda: *Nec spe, nec metu*, es decir, ni por la esperanza ni por el miedo. No obstante, con Antonio Pérez había encontrado el Sr. D. Felipe II la corrección que á todo carácter altanero é indomable impone la compañía é intimidad de otro carácter escurridizo y seductor. Fué Antonio Pérez el Maquiavelo de España. Como al Secretario florentino, le ha perseguido al Secretario español una ciega y sorda malevolencia de la Historia. Dígase de paso, que ambos fueron grandes

hombres y grandes escritores; y si no llegaron además á ser hombres buenos (puesto que en la política fuese la bondad valor cotizable), cúlpese á que no tuvieron buenos amos.

Poco después de saber que su conocido Antonio Pérez andaba junto á la casa del Rey, supo también Cervantes que asimismo había sido nombrado secretario de Su Majestad su íntimo amigo Mateo Vázquez de Leca, el avisado mozo sevillano hijo de la esclava y Dios sabía de quién más. Por suposiciones é inferencias, bien se le alcanzaba á Miguel que el nombramiento de Antonio Pérez había sido algo ineluctable y traído por la necesidad, mientras que el de Mateo era obra de las recomendaciones. De todas suertes, el saber tan avanzados y favorecidos á aquellos dos hombres á quien conocía desde muchachos, le hizo pararse á contemplar su estado, que no era, por cierto, nada próspero, y reflexionar hondamente. Como á los demás soldados, se le debían en Noviembre no pocas pagas y las esperanzas de cobro antes menguaban que crecían. Andaba Miguel, como tantos otros soldados, azotando calles y hollando caminos, entreteniendo con el amor y la alegría el hambre y la escasez. Nada inclinado su espíritu á la hipochondría, poco le bastaba para contentarse y mostrarse risueño; pero tampoco fué jamás su distracción tan profunda y absorbente que le privara de ver las cosas de la vida con toda claridad.

Llegaban los veintisiete años, y mientras los jóvenes de su edad habían hallado cabida en Palacio y privaban ya en el recinto obscuro desde donde se malograban ó alcanzaban frutos las heridas y el espanto de las batallas, Miguel no era sino un pobre soldado, que hacía temblar la tierra con su mosquete y las pampanosas paredes de las hosterías de Nápoles con sus risas, pero sin blanca lo más y lo mejor del tiempo y sin asomos de más lucida fortuna. No era envidia lo que sintió Miguel, sino visión precisa de su situación presente y de la venidera. Había probado ya la grandeza del poema épico, el picante interés de la novela de aventuras, la sal de la picaresca y la dulzura de la pastoril. La ocasión era venida de no narrar ni oír narrar más cosas, sino salir del coro anónimo para entrar á hacer algún papel en el drama de la existencia.

El viaje de Don Juan á España le hizo también meditar mucho. Más enseña una campaña malograda que una campaña triunfal. Las dos almas paralelas de Don Juan y Miguel se habían curtido y adobado en las inútiles marchas y contramarchas del año 1572; habían recibido un duro y saludable golpe con la defección y apartamiento de los venecianos; habíanse fatigado vanamente en 1573, destrozándose en luchar contra tempestades del cielo y del agua y contra malquerencias ó tibias y flojas voluntades de los hombres.

Más desembarazado y libre en sus movimientos, por ser el amo, Don Juan habíase hecho cargo al fin de que le era menester acudir al horno donde el rayo se forjaba; por eso se había marchado á la corte, deseoso de hablar con su hermano y con las gentes que le rodeaban y más que de hablarle, de verle, de interrogar á sus enigmáticos ojos fríos y de husmear, por entre las hablillas de la corte, cuáles eran al presente sus preferencias ó los secretos influjos á que obedecía su vacilante voluntad.

Sin saber cómo, la vida española había sufrido el más grande y transcendental cambio, uno de esos que la Historia suele cuidarse bien de no registrar, porque á la Historia no le interesan sino las habladurías y no los hechos silenciosos y constantes de que nadie habla: así como los pintores antiguos no habían adivinado, hasta que Velázquez lo enseñó, que no es tan importante pintar los contornos precisos de las figuras como pintar el aire que entre ellas hay y que nadie ve.

Antes de Felipe II, no solamente la corte influía poco en la vida española, sino que no había corte. Regiones enteras de la Península vivían por sí, y en muchos pueblos, hasta el nombre del Rey se ignoraba. Fijó Felipe II la corte en Madrid, y este hecho cambió la faz de las cosas. No se creó unidad, imposible en tan vasto imperio, pero sí poder central que, inconsciente y sujeto á influencias mezquinas, dirigió mal, pero dirigió con fuerza, infiltrándose loyolesco, suavísimo en la vida de la nación y de los particulares. Algo que hoy, á pesar de nuestras flamantes conquistadas libertades, sentimos, y que no se ve pero se siente y adivina, como el aire en los cuadros velazqueños, se notaba en-

tonces, envolviendo á los hechos grandes y chicos. El primer tirón de este algo misterioso, cuyo origen erraba entre Madrid y el Escorial, lo percibió Don Juan de Austria al día siguiente de Lepanto.

No eran los venecianos solos quienes procedían solapadamente, y la sangre ardorosa de Don Juan se heló un punto en sus venas. Nueva corriente fría le invadió al ver que para los misteriosos moradores del Alcázar de Madrid ó del Escorial significaban lo mismo las inútiles jornadas de Modón y de Navarino que el gran día de Lepanto. La corte dirigía los sucesos desde su butaca frailería, pasando beata entre los dedos las cuentas del rosario. Llegaba el decisivo ataque de los turcos á la Goleta, que era el desquite de Lepanto, ardía en impaciencia Don Juan, rababan los soldados como Miguel, viendo perderse tan buena ocasión, y la corte, allá muy lejos, ensayaba una frase piadosa ó heroica, ó que á tal sonaba, para decirla en alta voz en ocasión más grande:—Dios lo ha querido. Envió las galeras á pelear con los turcos, no con las tempestades.—Por cima del mal éxito y del buen éxito, más allá de las fuerzas humanas, Felipe II contemplaba, como en panorámica visión, el espectáculo de intensa y formidable lucha desarrollada en torno suyo, y veía moverse las galeras de D. Juan, desde muy lejos, como piezas de ajedrez. ¿Ganaba? Daba gracias á Dios. ¿Perdía? Daba gracias de igual modo. La vida era un eterno juego de tablas; perdiérase ó ganárase, era cuestión de pagar ó cobrar quien ni de pagar ni de cobrar sentía deseos. En los jetones de su bolsillo había escrito el lema terrible, el lema de su alma escogida: *Ni por la esperanza ni por el miedo*.

Poco á poco, por lo que en los sucesos de la campaña veía y por lo que en los dichos de los españoles recién llegados traslucía, iba Miguel penetrándose de la situación, después de partir Don Juan. Al general victorioso le había sido indispensable presentarse en la corte á que le refrendaran y pusieran el visto bueno á su heroísmo. A la corte era, pues, necesario acudir para lograr algo.

Estaba ya en Italia, no se sabe desde cuándo, el hermano

menor, Rodrigo de Cervantes, soldado también. Acaso por él había confirmado Miguel las tristes noticias de la situación de su casa. Proseguía su hermana Andrea el pleito con los Portocarreros, en el que también llevaba no sabemos qué parte ó interés la hermana menor, Magdalena. El primogénito del héroe de la Goleta, D. Alonso Pacheco de Portocarrero, que trataba su matrimonio ó se había casado ya con una dama andaluza, resistíase como podía á pagar sus deudas y cumplir sus compromisos, fueran los que fuesen. Interveníá en todos estos incidentes el padre, Rodrigo de Cervantes, á quien su profesión seguía produciendo muy poco. No eran los sentimientos familiares de entonces, particularmente en un lugar donde los hijos servían como soldados, tan tiernos y exigentes cual son hoy día, pero, de todas maneras, Miguel sentía deseos de tornar á su casa. Procuró, pues, acercarse al duque de Sessa D. Gonzalo Fernández de Córdoba, que, ya en Nápoles, ya en Palermo, se hallaba al frente de las tropas.

Ya se ha dicho que era el duque de Sessa un culto y elegante caballero, sagaz conocedor de la política, por él aprendida prácticamente cuando gobernaba á Milán, gran aficionado á los versos y muy amigo de D. Diego Hurtado de Mendoza, de Gregorio Silvestre, de Lomas Cantoral, de Gutierre de Cetina y de otros buenos poetas andaluces. Tenía el duque de Sessa un espíritu melancólico y delicado. De sí mismo decía:

Yo me perdí por aprender el arte
de cortesano, y he ganado en ello,
pues he salido con desengañarme....

Había gustado la corte y el retiro, y una y otro le habían prestado una amable y confiada filosofía, no temerosa de la muerte. Así lo expresaba en rimas atildadas hablando con su propia vida:

Ya no más, vida, que es cansada cosa
tener el alma atenta á conservar;
andáis, triste de vos, por acabaros
y aún presumís de fuerte y valerosa.
La muerte viene airada y rigurosa,
combate cada día por entraros;
la larga enfermedad quiere entregaros;
cualquier defensa es flaca y perezosa.

Querida amiga y dulce compañera,
prestad paciencia al fin que se apresura,
que yo dispuesto estoy á la jornada.
Que el tiempo de la eterna primavera
vuestra larga aflicción os le asegura
con mi fe firme y mi esperanza osada.

Lo que á Cervantes dijese este general, que había nacido para poeta, no lo sabemos, pero nos lo figuramos. Baste afirmar que el duque de Sessa conoció á Miguel y que aun pasados los años, le recordaba. Quizás por la agudeza y elegancia del decir, infirió el Duque el ingenio de Miguel, y de seguro recordó sus hazañas en Lepanto, á todo el ejército notorias, y por la rota mano atestigüadas. Tal vez Miguel pudo hablar de poesía con el duque, plática para éste muy gustosa, y le dijo, como el otro:

Poeta soy también y estimo el sello
más que un oidor reciente, su garnacha.

Este afable y templado filósofo, nieto del Gran Capitán, fué, sin duda, otro de los que supieron conocer en Miguel ese algo que le diferenciaba y hacía independiente de los demás hombres de su posición. Como á muy buen soldado le recomendó en cartas para el Rey y para algún cortesano influyente, y es posible que le aconsejase esperar á la vuelta de Don Juan y no regresar á la Corte sin letras de él.

Pasaron fáciles y livianos los meses de la primavera. Miguel comedia las palabras del duque de Sessa, y confirmaba lo ya presentado. Los tiempos heroicos, asomados apenas, comenzaban á declinar. Nada podía hacerse de provecho sin contar con la corte. Las palabras de aquel cortesano desesperanzado de la corte y del mundo, en medio tan propicio á la desilusión como el dulce clima de Nápoles, según poco después lo dejaba notar el famoso *desengañado* Diego Duque de Estrada, pesaron mucho en el ánimo de Cervantes.

A mediados de Junio regresó Don Juan á Nápoles. Por medio del Duque, ó dirigiéndose rectamente á él logró verle Cervantes. Como todo gran caudillo, tenía Don Juan la memoria pronta, y recordaba bien las caras de sus veteranos, mayormente de

los distinguidos por él entre el humo aún no disipado de la batalla. Aprobó Don Juan la resolución de Miguel, y es casi seguro que en sus palabras se notase un ligero sabor melancólico de como el que envolvía todas las del duque de Sessa. Don Juan venía de la corte y acababa de apreciar cómo iban cambiando las cosas desde los tiempos de Lepanto. Don Juan se hallaba ya en los treinta años, en esa clara cumbre de la vida que permite ver las altas cimas y los anchurosos valles, sin tanta cólera ni tanta ambición como antes, sin tanta calma y tanto escepticismo como después.

Don Juan dió á Cervantes una carta para el Rey, su hermano, tan honrosa y halagüeña, que fué después la perdición de Miguel. Decía en ella, que bien podía dársele á Miguel el mando de una compañía, por ser hombre muy capaz para ello. No era raro, pero no era muy frecuente saltar de soldado aventajado (soldado de primera ó cabo de los de ahora) á capitán. No fué Miguel alférez, como han supuesto algunos, por lo dicho en la relación del cautivo Rui Pérez de Biedma, ó lo fué poquísimos tiempo, ya que en 15 de Noviembre de 1574 consta que era soldado y nada más.

La carta de Sessa y la de Don Juan abrieron el pecho de Miguel á la esperanza y quizás más aquella que ésta, pues la perspicacia de Miguel era suficiente para advertir cómo, si aún no podía decirse que las cosas fuesen mal para Don Juan, ni que su hermano disintiera de él, si se habían aflojado un poco los entusiasmos despertados en el mundo por la pasada victoria. Si había sido difícil en la corte proporcionar recursos á Don Juan para seguir la provechosa y gloriosa campaña, no parecía excesivamente llano el atender á sus recomendaciones en favor de un oscuro soldado. Por otra parte, la simpatía del duque de Sessa, poeta de sentimiento y hombre curtido en el vivir, es seguro que impresionó harto más á Miguel que el aprecio militar puramente que de él hizo Don Juan. Las armas y las letras, los dos grandes amores de su vida, le aparecían una vez más representadas en el caudillo de Lepanto y en el poeta de Nápoles. Y en la situación actual de su ánimo, las letras tal vez recobraban su imperio.

Conseguidas la licencia y las cartas, se avistó Miguel con el patrón de la galera *Sol* que, mediado Septiembre, había de zarpar con rumbo á España. El 18 ó 20 de aquel mes salió la galera para Nápoles. No podía pensar el animoso Miguel cuando, apoyado en la borda, miraba con ojos de despedida el anchuroso golfo, la blanca inmensa ciudad, la mole cónica del Vesubio con su humeante airón y los campos amigos donde al sol dorado maduraban los racimos, que hubiese de ser aquella la postrera vez que viese á Nápoles. Muchas veces en el largo discurso de su vida recordó los colores y las luces de que en aquella mañana parecía revestirse la hermosura eterna de Nápoles por la que él perpétuamente suspiró. Acaso echó de menos la hartazgo que hubiese podido dar á sus ojos en tan grata contemplación, á haber previsto los sucesos posteriores.

Iban en la galera *Sol* personajes tan considerables como el general Pero Díez Carrillo de Quesada, viejo soldado, expertísimo artillero, maestre de campo en la jornada de la Gomera, y que había prestado grandes servicios en Nápoles, Sicilia y Lombardía, al frente de tres mil soldados españoles; el ilustre caballero de Vitoria D. Juan Bautista Ruiz de Vergara, del hábito de San Juan, y otros muchos señores de respeto. La galera navegaba tranquila, cuando, en el golfo del León, cerca de la costa de Marsella, por donde desemboca el Ródano, y á la vista del puertecito de las Tres Marías, en la Camarga, se vió perseguida por una flotilla veloz de tres ó cuatro galeotas, que mandaba el renegado albanés Arnaute Mamí, capitán de las galeras turcas de Argel. Más ligera que las otras, acostó á la galera *Sol* una de veintidós bancos, mandada por Dalí Mamí, renegado griego, á quien llamaban el *Cojo*, por serlo y por haber costumbre entre los turcos de mentar los defectos de sus capitanes (así llamaban á Uluch Alí el *Fartax*, que es el tiñoso). Pelearon como buenos los españoles, y en el abordaje perdió valerosamente la vida el caballero D. Juan Bautista Ruiz de Vergara.

Necio sería querer contar el encuentro, cuando lo hace el mismo Miguel con todo espacio en la *Galatea* y en *La española inglesa*, y á él se refiere en el relato del cautivo. "Sucedió—dice—

que á la sazón que el viento comenzaba á refrescar, los solícitos marineros izaban más todas las velas..... Uno dellos, que á una parte de la proa iba sentado, descubrió, con la claridad de los bajos rayos de la luna, que cuatro bajeles de remo, á larga y tirada boga, con gran celeridad y priesa hacia la nave se encaminaban y al momento conoció ser de contrarios, y con grandes voces comenzó á gritar: "Arma, arma, que bajeles turquescos se descubren.". Esta voz y súbito alarido puso tanto sobresalto en todos los de la nave, que sin saber darse maña en el cercano peligro, unos á otros se miraban, mas el capitán della (que en semejantes ocasiones algunas veces se había visto), viniéndose á la proa, procuró reconocer qué tamaño de bajeles y cuántos eran, y..... conoció que eran galeotas forzadas, de que no poco temor debió de recibir; pero disimulando lo mejor que pudo, mandó luego alistar la artillería y cargar las velas todo lo más que se pudiese, la vuelta de los contrarios bajeles, por ver si podía entrarse entre ellos y jugar de todas bandas de artillería. Acudieron luego todos á las armas y repartidos por sus postas, como mejor se pudo, la venida de los enemigos esperaban..... Acudí á ver lo que el capitán ordenaba, el cual, con prudente solicitud, todas las cosas necesarias al caso estaba proveyendo, y..... encomendándome á mí el (castillo) de popa, él con algunos marineros y pasajeros por todo el cuerpo de la nave á una y otra parte discurría. No tardaron mucho en llegar los enemigos, y tardó harto menos en calmar el viento, que fué la total causa de la perdición nuestra. No osaron los enemigos llegar á bordo, porque viendo que el tiempo calmaba, les pareció mejor aguardar el día para embestirnos. Hiciéronlo así, y el día venido, aunque ya los habíamos contado, acabamos de ver que eran (quince) bajeles gruesos los que cercados nos tenían, y entonces se acabó de confirmar en nuestros pechos el temor de perdernos. Con todo eso, no desmayando el valeroso capitán ni alguno de los que con él estaban, esperó á ver lo que los contrarios hacían, los cuales, luego como vino la mañana, echaron de su capitana una barquilla al agua, y con un renegado enviaron á decir á nuestro capitán que se rindiese, pues veía ser imposible defenderse de tantos bajeles, y más que eran todos los mejores

de Argel, amenazándole de parte de Arnaut Mamí, su general, que si disparaba alguna pieza el navío, que le había de colgar de una antena en cogiéndole, y añadiendo á éstas otras amenazas, el renegado le persuadía que se rindiese; mas no queriéndolo hacer el capitán, respondió al renegado que se alargase de la nave, si no, que le echaría á fondo con la artillería. Oyó Arnaut esta respuesta, y luego, cebando el navío por todas partes, comenzó á jugar desde lejos el artillería, con tanta priesa, furia y estruendo, que era maravilla. Nuestra nave comenzó á hacer lo mismo, tan venturosamente, que á uno de los bajeles que por la popa le combatían, echó á fondo, porque le acertó con una bala junto á la cinta, de modo que sin ser socorrido, en breve espacio se le sorbió el mar. Viendo esto los turcos, apresuraron el combate, y en cuatro horas nos embistieron cuatro veces, y otras tantas se retiraron con mucho daño suyo y no con poco nuestro. Mas por no iros cansando..... sólo diré que después de habernos combatido dieciséis horas y después de haber muerto nuestro capitán y toda la más gente del navío, al cabo de nueve asaltos que nos dieron, al último entraron furiosamente en el navío....."

Bien se nota la parte de poesía y la de verdad que hay en esta descripción, la más cercana al suceso, y, por tanto, la más prolija y fidedigna. Combatió Cervantes en el castillo de popa, con no menor brío que en Lepanto; dirigió la artillería hombre tan experto como el general Pero Díez Carrillo de Quesada. Fué adversa la suerte, muchos los contrarios. Lleno de pesadumbre y cargado de cadenas se vió Cervantes en el breve espacio de la mañana á la tarde. Cautivo también veía á su hermano el mozo Rodrigo. Lo peor que Miguel pudiera pensar había sucedido. ¿Se abatió su ánimo en aquel trance? Él mismo noblemente lo declara. "Paso y punto fué este que desmaya la imaginación cuando dél se acuerda la memoria....." "¿Quién podrá significaros, señores, la pena que yo en esta sazón tenía, viendo con tanta celeridad turbado mi contento?....."

Iba muriendo la tarde. Al fragor de los cañonazos había sucedido el ancho silencio misterioso del mar. Caía el sol en el Medi-

terráneo y las olas de color de esperanza trocábanse paso á paso, de color de oro y después de color de sangre. Disputaban los turcos en su algarabía y jadeaban en los bancos los pechos hondos de los galeotes. Mirando al mar con desconsolados ojos, Miguel lloraba sin lágrimas su libertad perdida.

CAPÍTULO XIX

ENTRADA EN ARGEL.—PRIMEROS INTENTOS DE FUGA Y DE RESCATE.—LA VIUDEZ DE DOÑA LEONOR

“En Africa no hay más que dos puertos, que son Junio y Julio». Estas palabras del viejo marino Andrea Doria al Emperador, las había confirmado Miguel con harto dolor de sus huesos y de su alma en las inútiles intenciones marítimas hechas por D. Juan para salvar á la Goleta, y nuevamente las certificaba ahora, mientras los cabeceos y bandazos de la galeota que mandaba el griego Dalí Mamí le arrancaban de su dolorosa meditación.

El mar en la costa de Argel era entonces la mejor defensa de la plaza. Siempre alborotado y fosco, era menester para tomarle y acercarse con bien á la bahía haberle domado y haber sufrido sus zarpazos hartas veces, como le pasara al dicho arraez griego y á su jefe el capitán de la mar, Arnaute Mamí. De éste sabía algo Cervantes, pues su fama y reputación de marino, de hombre cruel y de resuelto capitán eran grandes en el Mediterráneo. Arnaute Mamí era albanés, como se ha dicho, y renegado, que es cuanto puede ponderarse su inhumanidad y su fiereza. Gobernando á Argel, por el Gran Turco, Arab Amat, en 1572 ó 73, fué Arnaute capitán de la mar, nombrado por su pericia de navegante: pero Arab Amat se desabrió con Arnaute y le depuso, siendo necesario que éste empleara todas sus influencias en Constantinopla para verse restablecido en su cargo y lograr la destitución de Arab. Arnaute estuvo en la Goleta con Uluch Alí y, fuera del aprecio en que oficialmente se le tenía, era muy estimado de